

## Lecturas:

Sal. 33:12-22; Gn. 15:1-6; 1 Jn. 4:16-21; Lc. 16:19-31

Cap. Miranda,  
Hohenau.**“Ama a Dios y ama también a tu hermano”**

(1 Jn. 4:21)

**Sermón**

Dice san Juan: “El que ama a Dios, ame también *a su hermano*” (1 Jn. 4:21). Queda claro entonces lo que Dios nos está pidiendo a través de la parábola del rico y Lázaro (Lc. 16:19-31): El obrar con amor, el actuar con misericordia, el acordarse de los pobres, el no hacer la vista gorda como si no pasara nada frente a la miseria, el hambre y la enfermedad del prójimo. Algo hay que hacer, de otra manera el prójimo se muere. Y se muere frente a nuestra propia puerta. Si esto sucede, somos culpables de dejar morir a una persona, somos culpables por romper el mandamiento que dice “No matarás”. “¿Qué significa esto? Debemos temer y amar a Dios y por lo tanto no hacerle daño o mal alguno a nuestro prójimo en su cuerpo; mas debemos ayudarlo y hacerlo prosperar en todas las necesidades de su vida” (Lutero, Catecismo Menor).

En su carta, San Juan nos explica quién en mi prójimo. Señala su nombre bien claro: “El que ama a Dios, ame también *a su hermano*” (1 Jn. 4:21). ¿Quién es *su hermano*? Es su hermano *en la fe*. Así lo explica san Pablo también: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y *mayormente a los de la familia de la fe*” (Gl. 6:9-10).

¿Quiénes son los “Lázaros” de nuestra congregación, a los cuales estamos llamados a cuidar y atender? Corremos el riesgo de ayudar hacia afuera, hacia las demás personas, lo cual está bien. Pero mejor todavía sería *ayudar primero a los hermanos en la fe*, a aquellos que están tirados en un rincón, como Lázaro, y que necesitan de nuestra ayuda y amor, no sea que mueran de hambre, o por falta de abrigo, o por una enfermedad, etc. Es a ellos a quienes en primer lugar debemos cuidar, y después también a las demás personas.

Me dirás, tal vez: “Bueno, muy lindo el sermón, pero, ¿y si no hay plata? ¿Si no hay dinero? ¿Qué podemos hacer?” A lo cual contestaré: “Mira de nuevo el texto bíblico, ¿qué dice? ¿Qué te pide Dios allí? San Juan habla simple y directo: “El que ama a Dios, ame también *a su hermano*” (1 Jn. 4:21). Dios solo te está pidiendo esto: “Ame a su hermano”. Quiere decir, en primer lugar, que estés a su lado, no lejos de él. Quiere decir que te acerques a dónde está él, en su necesidad. Tu compañía, el estar presente allí, al lado de él, en su dolor, eso en primer lugar es amarle a tu hermano. Lo contrario es no amarle: Hacer fiesta y poner el audio a todo volumen para tener el oído sordo y la panza llena uno mismo, para no ver ni sentir, u oír, el clamor del que sufre. Hacer la vista gorda y seguir en la fiesta pagana del mundo, tratando de escapar de tu compromiso de ayudarlo. Eso es no amar a tu hermano, miembro de la familia de la fe, la iglesia.

Una vez que comprendiste esto, que la primera cosa para ayudarlo es estar con él, escucharle, orar con él, compartir con él su dolor, su sufrimiento, ahora sí, verás inmediatamente, que por sí sólo, la fe te dirá qué hacer. Porque viste su necesidad puntual, también ahora detectas qué debería hacerse. Y si no puedes ayudarlo tú mismo, y tú solo, busca a alguno más de la familia de la fe, o a un grupo de misericordia en acción. No necesitas ayudar al prójimo tú solo, lo cual podría acarrear en ti un sentimiento secreto de orgullo, que dice: “Yo lo hice, yo le ayudé, los demás no hicieron nada. Me merezco un trofeo”. Por eso, lo mejor que puedes hacer, es ayudar a tu hermano en necesidad, en compañía de un grupo de hermanos en la fe. También San Pablo recomienda esto, cuando dice: “Ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén” (Ro. 15:25-26). San Pablo encabeza esta ayuda para los cristianos pobres de Jerusalén, llevando la ofrenda personalmente, pero fueron las congregaciones de Macedonia y de Acaya quienes ofrendaron y participaron así de esta obra de amor por sus hermanos en la fe empobrecidos. Y

todo esto tiene un nombre, queridos hermanos, y este nombre es “comunión”, “comunión de los santos”, o también “ser iglesia”. “Comunión” significa “tener las cosas en común”, “compartir”, “ser solidarios”, “darle al otro y ser uno con él”.

Cristo Jesús nos enseñó esto, cuando dijo “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Jn. 13:34). San Pablo repite esta exhortación: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Ro. 12:10). Además, Cristo Jesús no solamente nos enseñó a amarnos, sino que él mismo nos amó, y puso su vida por nosotros. ¿Y esto por qué? El pasaje de Lucas 16 nos enseña el por qué. Porque si Jesús no venía a dar su vida en rescate por nuestros pecados, nuestro destino es el lago de fuego, el infierno.

Es terrible pensar en un destino así: Ser condenados para siempre a estar lejos de la presencia de Dios, arrojados al fuego eterno. El infierno es un lugar terrible, del cual nunca jamás una persona podrá salir. Por eso muchos no aceptan su existencia. Dicen así: “¿Cómo un Dios de amor permitiría que un ser humano pase la eternidad en un lago de fuego? Ese no es un Dios de amor, así que el infierno no puede existir.” Pero contesto: “¿Y cómo una persona como la del hombre rico, egoísta, materialista, que sólo le importa el lujo y los placeres de la carne, que no tiene misericordia de Lázaro, podría entrar en el cielo? ¿Tú le dejarías entrar el cielo a un tipo como ese? ¿Qué merece entonces?” Y ahí entonces hay gente que inventa lo siguiente: Como se dan cuenta que el hombre rico es demasiado malo para entrar en el cielo, pero al mismo tiempo niegan la existencia del infierno, entonces con su razón humana inventan que cuando una persona muere, esta desaparece, no existe más. Y entonces dicen: “Solucionado el problema”.

Hermanos, la lógica humana nunca puede ponerse por encima de la Escritura divina. Eso es negar el principio cristiano luterano de “Sola Escritura”. También, y más tremendo aún, es suponer que una persona, por portarse mejor que el hombre rico, por eso entrará en cielo. Eso es negar el principio: el “Sola Gracia”. Ni el hombre rico, ni el pobre Lázaro, ni siquiera tú mismo, son dignos del cielo.

Quizás te preguntas entonces: “¿Y cómo es que Lázaro entró en el cielo? Yo pensé porque era pobre.” La respuesta a esta pregunta la encontramos el Lucas 16, cuando dice con quién se reunió Lázaro en el cielo. Dice: “Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles *al seno de Abraham*” (Lc. 16:22). Lázaro fue llevado con Abraham, junto con Abraham. Así que para saber de qué manera fue salvo Lázaro, debemos saber primero cómo es que Abraham llegó hasta allí, al cielo, para entonces también saber cómo es que Lázaro llegó al cielo. Y en Génesis 15 está la respuesta de cómo Abraham llegó a estar en el cielo.

En Génesis 15:5-6 Dios promete a Abraham que le nacerá un hijo, y que llegará a tener tantos descendientes como estrellas en el cielo. Abraham creyó en esa promesa, y eso le fue contado por justicia. Así que Abraham entró al cielo mediante la fe en la promesa de Dios. Y esta fe Dios la consideró como justicia. Así que por la fe Abraham llegó a ser justo delante de Dios. Del mismo modo, Lázaro entró al cielo, no por ser pobre, tampoco por haberse portado bien; sino que al igual que su antepasado Abraham, entró al cielo mediante la fe en la promesa de Dios.

La promesa que Dios le había hecho a Abraham decía: “Un hijo tuyo será el que te heredará” (Gn. 15:4). Esa es la promesa de Dios a Abraham: Que tendría un hijo, un heredero propio, que resultó ser Isaac. Isaac fue padre de Jacob, y Jacob padre de las doce tribus de Israel. De entre las doce tribus, de la tribu de Judá, vino el rey David, y del rey David, vino Jesucristo, nuestro Señor. Así que la promesa de Dios hecha a Abraham, y de la cual confiaba también Lázaro, era esta: Que en futuro vendría un Salvador del pecado, de la muerte eterna y del infierno. Este Salvador aplastaría a la serpiente antigua, a Satanás, que había hecho caer en pecado a los primeros seres humanos, a Adán y Eva. Este Salvador prometido nacería de una virgen, en un humilde estable en Belén de Judea. Cargaría con los pecados del mundo entero, y en la cruz del calvario, mediante su sangre santa e inocente, anularía el acta de condenación que había contra la humanidad entera, al morir por sus pecados en la cruz. Soportaría el infierno de ser abandonado por el Padre celestial, el desamparo más extremo y más doloroso de todos, en nuestro lugar. Experimentaría el dolor y el

quebranto del mundo entero. Soportaría la burla y el rechazo de los ricos de Jerusalén, de los fariseos hipócritas, e incluso de sus discípulos más cercanos, como Pedro.

Por este único e irrepetible sacrificio, Cristo Jesús logró abrirnos de nuevo las puertas del Paraíso. Su amor y su gracia fue capaz de venir a nuestro encuentro para levantarnos y darnos vida eterna, para limpiar nuestras llagas de pecado en su Santo Bautismo, y hacernos entrar en la Iglesia cristiana a su banquete espléndido de la Santa Cena, para nutrirnos con su gracia. Porque Dios es amor, y es justo también. Y por eso en Cristo nos reveló que no quiso que muramos, sino que recibamos perdón y vida eterna. Él cambió el destino de la humanidad, empobrecida y enferma por el pecado, y nos entregó el remedio de su salud, perdón y salvación. Por eso, la salvación es por fe, para que sea por gracia. Y la promesa de Dios es segura y verdadera, porque el sacrificio por nuestros pecados ya fue realizado por Cristo en la cruz. Tan solo cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa. El cielo es para ti, Lázaro, por gracia, mediante la fe sola, por causa, no de tus sacrificios o buenas obras, sino por causa de Cristo y su obra.

Ahora, ve, y así como amas a Dios, anda y ama también a tu hermano, en respuesta al amor de Dios por ti. Impulsado por la fe, haz buenas obras, y sirve a los “Lázaros” que encuentres. Amén.